

pañoles establecidos en Buenos Aires, analizando el comportamiento emocional de la familia a través de casos concretos, como el de los hermanos Callejas o el de su socio Ramón García Pérez. De la misma manera, María Cecilia Rossi se aproxima al estudio familiar del primer agente borbónico llegado a Santiago del Estero tras la proclamación de la nueva dinastía borbónica, Esteban de Urrejola y Zarza, analizando las estrategias sociales y económicas que le permitieron encumbrarse dentro de una sociedad en proceso de transformación durante la primera mitad del siglo XVIII. Por último, el capítulo de Osvaldo Otero cierra esta obra colectiva, aportando una perspectiva original: la conexión entre las familias y las viviendas, a partir de la concepción de los valores sociales que se derivan de la posesión de determinados objetos.

Nos encontramos pues ante una obra coral y de naturaleza comparativa, que no pretende agotar o dar por cerrado nada, sino que aporta nuevos enfoques y miradas transatlánticas a uno de los campos más cultivados y fértiles de la historiografía modernista española e iberoamericana; la historia de la familia. El carácter abierto de esta publicación (plasmado en edición en formato digital y acceso abierto) es una de las principales virtudes de una obra que forma parte de la Colección de Monografías HisMundI, fruto de la actividad investigadora y divulgativa de la *Red Interuniversitaria de Historia del Mundo Ibérico: del Antiguo Régimen a las Independencias*, de la que forman parte diversas universidades argentinas (La Plata, Rosario y Mar del Plata) y españolas (Cantabria y País Vasco).

DANIEL MUÑOZ NAVARRO
Universitat de València

NEGREDO DEL CERRO, Fernando: *La Guerra de los Treinta Años. Una visión desde la Monarquía Hispánica*, Editorial Síntesis, Madrid, 2016, 366 págs.

En los últimos años la Editorial Síntesis ha aumentado su catálogo de títulos de historia, a través de varias colecciones repartidas por épocas que intentan ofrecer obras de divulgación sobre temas generales que, al mismo tiempo, sean de interés para estudiantes y especialistas. Este es el caso de la serie *Temas de Historia Moderna* que, coordinada por Enrique Martínez Ruiz, lleva publicados casi una veintena de trabajos, centrados tanto en territorios que cuentan con pocas monografías de síntesis en castellano –El Imperio Otomano o La India–, como en materias más concretas que, por verse constantemente ampliadas, pueden ser objeto de un nuevo estado de la cuestión que las ordene y critique.

El trabajo de Fernando Negrodo aúna esta doble vocación. Por una parte aborda el estudio de uno de esos temas específicos –Guerra de los Treinta Años– sobre los que existe una producción tan amplia que resulta difícilmente abarcable, pero también ofrece una visión panorámica de los procesos políticos que afectaron al Sacro Imperio Romano Germánico –un espacio poco visitado por la historiografía española– en una coyuntura tan importante para devenir de Europa como fueron los decenios centrales del siglo XVII.

Para ello el autor divide el libro en diez capítulos organizados en cinco partes. El orden que sigue es cronológico, partiendo de los difíciles equilibrios políticos, religiosos y dinásticos del Imperio posterior a la Paz de Augsburgo –y en particular de Bohemia–, para ahondar a continuación en las causas de la rebelión de 1618 y los motivos por los que se fue tornando en un conflicto europeo. Desde aquí cada parte responde y se amolda a las fases clásicas de la conflagración, con la voluntad expresa de construir un texto asequible para varios tipos de lector que no pretende competir con las grandes obras sobre el tema. A esta labor ayuda sin

duda la ausencia de aparato crítico y una bibliografía muy abreviada –sólo se mencionan los trabajos más accesibles; para conocer el resto remite a la página web de la editorial, desde la que se puede descargar la relación completa accediendo a la ficha de la obra–, así como unos capítulos de extensión breve –ninguno alcanza las cuarenta páginas– que renuncian a relatar el detalle de cada campaña o batalla. Esta opción permite una lectura ágil para la temática, y es en este sentido cuando revela su vocación de manual, ya que permite acceder de una manera asequible a un conflicto cargado de matices y significados, aunque a veces resulta inevitable perderse en la geografía del conflicto –se echan en falta mapas que permitan ubicar la enorme cantidad de lugares que se mencionan y por los que transita la guerra– y los movimientos de cada frente, ejército y general.

Estos momentos no son en todo caso numerosos, en parte debido a la concisión de los epígrafes, pero también porque el texto no suele separarse de sus líneas argumentales. Éstas se aglutinan en torno a la premisa de trascender la perspectiva centroeuropea con la que muchas veces se ha estudiado este tema –tratando de acercarse a él sin obviar las motivaciones de cada uno de los participantes–, poniendo especial énfasis en las pautas de intervención de una Monarquía Hispánica a la que define como protagonista muchas veces olvidada de la contienda. La novedad del planteamiento reside en que propone una visión de conjunto que no se acerca al objeto desde las laderas de un determinado personaje o territorio, ni únicamente desde el punto de vista militar –miradas sobre las que también se han producido importantes aportaciones estos últimos años–, sino que lo hace sobre todo mediante la revisión de algunos tópicos, espacios comunes y afirmaciones muy conocidos y tradicionalmente aceptados.

De entre todos ellos destaca en primer lugar el análisis de las razones que estuvieron detrás de aquella participación. Alejado de la leyenda negra que explicaba su entrada por el ávido interés de recatolizar los territorios reformados del Imperio, mantener su hegemonía en Europa a sangre y fuego o por la fatal influencia de unos pérfidos confesores jesuitas –el factor religioso de hecho se relativiza a lo largo de toda la obra–, Negredo dibuja a una Monarquía Hispánica incómoda ante el problema, deseosa de la paz pero arrastrada por la máxima de mantener su alianza dinástica con el emperador. Esta idea es una de las líneas vertebradoras del texto. Primero Felipe II –que habría prevenido la posible desaparición de la rama principal de los Austrias de Viena estrechando sus lazos familiares con Graz–, pasando por un Felipe III que seguiría esta estrategia apoyando decididamente al archiduque Fernando –pese a que sus ideas rompieran con el estilo de gobierno más pragmático seguido hasta ese momento en el Imperio–, hasta llegar a Felipe IV que, al comienzo de su reinado y por sus propias necesidades, no pudo sino renovar sus vínculos de amistad con el emperador sosteniendo su compromiso en la guerra, Negredo plantea el largo conflicto como el resultado de una sucesión de oportunidades de paz perdidas por la falta de entendimiento con un Fernando II demasiado ambicioso.

De este modo el trabajo consigue ampliar el foco del conflicto –alejándose de una lectura en clave sólo alemana–, para subrayar las consecuencias que tal apuesta tuvo sobre las dinámicas internas de la Monarquía y su devenir social, político o económico. El impacto de las rebeliones de 1640 y 1647 tiene pues su espacio en el volumen, aunque no se detiene demasiado en sus desarrollos internos. El objetivo pasa sobre todo por fijar el peso que estas desafecciones tuvieron sobre la quiebra financiera de Felipe IV, y el desmoronamiento progresivo que como consecuencia de ello padeció su política exterior. Puede señalarse por tanto que la meta del trabajo es insertarse en el debate historiográfico en torno a la política internacional del momento, planteando la revisión de los objetivos diseñados desde Madrid y su verdadero influjo sobre el concierto europeo, tratando de evitar ese *post hoc, ergo propter hoc* sobre el que muchas veces la historiografía más tradicional ha proyectado el papel de este actor político en la formación de la Europa de Westfalia.

La invitación a adoptar un espíritu crítico a la hora de enfrentarse a lo mucho y variado que se ha dicho sobre las estrategias diplomáticas del rey católico se revela en muchos pasajes. A veces haciéndose eco de las reinterpretaciones de otros autores sobre un determinado suceso de la guerra, pero también aportando su propia investigación sobre algunos otros, la confrontación de ideas y opiniones suele aparecer para poner de relieve el doble rasero con el que el autor considera que se han valorado actitudes muy similares. El origen de este problema lo sitúa en la mayor efectividad del aparato propagandístico de sus adversarios ya en tiempos del conflicto, unida al sentido de superioridad moral con el que el nacionalismo decimonónico alemán explicó el resultado de la contienda, y que pasó por abonar la idea de la decadencia española y desprestigiar su papel en ella.

Partiendo de esta visión tradicional, Fernando Negrodo trata de acometer la explicación revisada de numerosos acontecimientos –algunos de ellos muy icónicos– de aquellos treinta años. Sin tener la voluntad de ser exhaustivos en su enumeración, podríamos dividir este empeño examinador en tres grandes categorías, a saber, personas, batallas y tratados. Por lo que respecta al primer grupo, el objetivo perseguido consiste en desmitificar y despojar de romanticismo los motivos por los que entraron en la guerra los diferentes líderes en liza contra Fernando II y la Monarquía Hispánica. Así sugiere tener más en cuenta la ambición personal de Federico V del Palatinado por hacerse con el trono de Bohemia, que su miedo ante un supuesto inicio de la reconquista católica *a furia* del solar reformado; también apunta a que las aspiraciones expansionistas de Cristian IV de Dinamarca sobre Werder y Bremen obraron más en su ánimo de entrar en la guerra, que el de ser el pretendido garante de las libertades calvinistas en el Imperio tras la derrota de Federico V; que con Gustavo Adolfo de Suecia ocurrió algo parecido, y debemos fijarnos más en su interés sobre Pomerania que no en la necesaria respuesta moral ante sucesos tan graves como la matanza operada en Magdeburgo por las tropas imperiales; o que evitar una posible victoria de Fernando II y Felipe IV, y no el supuesto desalojo ilegal de la guarnición francesa de Tréveris, fue la razón por la que Luis XIII participó finalmente en la conflagración.

Con algunas batallas ocurre algo similar. Negrodo propone por ejemplo revisar lo dicho sobre la suerte de la Batalla de Fleurus, cuya victoria en ocasiones se atribuye a Ernesto de Mansfeld y Cristian de Brunswick cuando en realidad cayó del lado español. Del mismo modo dedica unas páginas a exponer las numerosas rescrituras que se han hecho de la Batalla de Nördlingen, para matizar su importancia como punto de inflexión e inicio de una nueva fase de la *revolución militar*. Este posicionamiento se sustenta en la consideración –compartida por otros autores– de que se tiende a relativizar el mérito de todos aquellos ejércitos que vencieron a los suecos durante aquellos años, aun sin restar un ápice de la importancia debida a la mayor operatividad, capacidad de fuego o maniobrabilidad artillera de las unidades de Gustavo Adolfo. De esta forma el autor vuelve a atacar la idea de la decadencia, en este caso militar, de los mandos y las tácticas de las tropas españolas cuando, en realidad, consiguieron llevar la iniciativa en muchos momentos de la guerra. Algo similar ocurre cuando analiza la Batalla de Rocroi, cuyo resultado no piensa que supusiera ni el desmoronamiento del Ejército de Flandes, ni la constatación evidente del fin del sistema de tercios o incluso del poderío militar hispánico. Atendiendo a los resultados prácticos de la batalla sobre el global de la contienda, o más bien a la ausencia de los mismos, apunta en conclusión que la mayor victoria que se produjo en Rocroi fue el éxito alcanzado por la propaganda francesa en la construcción de un mito que paliara los escasos resultados militares que hasta ese momento había realmente obtenido.

El tratamiento de algunos de los acuerdos alcanzados durante el conflicto sigue este mismo escrutinio. En este apartado podemos mencionar el análisis que se hace del Acuerdo de

Múnich –sellado tras la derrota de Federico V–, uno de esos casos en los que el autor aboga por reducir la carga de las motivaciones puramente religiosas, en su caso para poner en valor la idea de la absoluta vulneración del sistema constitucional del Imperio. Así, donde a veces se ha visto el oscuro intento de Fernando II de implementar el catolicismo en el Palatinado, Negrogo propone no perder tampoco de vista la oportunidad que aquella firma le brindaba de reforzar la autoridad imperial, limitando el pactismo y, por tanto, no haciendo otra cosa que comportarse como cualquier otro monarca europeo ante tesisuras parecidas. Del mismo modo defiende que fue un acuerdo bilateral bávaro-imperial, en el que se ha querido exagerar la influencia de la Monarquía, cuando existen dudas muy razonables de que presionara en ningún sentido ni participara realmente en él. El pacto de Barwâlde entre Suecia y Francia también recibe su atención –para negar un supuesto fracaso de la diplomacia francesa–, pero son sin duda los tratados de la Paz de Westfalia los que reciben más atención.

Advirtiendo aquí de nuevo la vocación didáctica del volumen, las complejas negociaciones de 1648 aparecen ordenadas siguiendo una división por naciones –y sus objetivos correspondientes–, tratando así de explicar más claramente el desarrollo de las sesiones multilaterales. En cualquier caso la idea más destacable de este apartado es la revisión de la importancia que aquellos acuerdos tuvieron para entender la diplomacia y las relaciones internacionales a partir de aquel momento, y que Fernando Negrogo considera algo exagerada. Para él sus presupuestos no fueron tan novedosos como se han querido ver, e incluso plantea objeciones a que significara el inicio de la secularización de la política exterior de las naciones europeas. Del mismo modo explica que acuerdos bilaterales como el alcanzado con las Provincias Unidas –y pese a la oposición francesa– demuestran que la posición diplomática de la Monarquía Hispánica no fue tal débil como a veces se ha pretendido.

En suma la obra de Fernando Negrogo del Cerro ofrece una buena síntesis de la Guerra de los Treinta a todos aquellos interesados en el tema. Para acceder a ella no es necesario tener una formación muy específica pero, al mismo tiempo y en un segundo nivel, adelanta algunos de los debates –el libro fue publicado en 2016– que sin duda serán protagonistas a partir de este año entre los historiadores especializados en este conflicto, ya que incorpora reflexiones en ocasiones muy atrevidas que invitan conscientemente a una discusión sobre la que habrá que estar muy atentos estos próximos años.

MANUEL LOMAS CORTÉS
Universitat de València

LOREDANA FOTI, Rita: *Giudici e Corsari nel Mediterraneo. Il Tribunale delle prede di Sicilia 1808-1813*, Palermo, Istituto Poligrafo Europeo, 2016, 320 págs.

El reciente contributo di Rita Loredana Foti, ricercatrice di Storia Moderna dell'Università di Palermo, ha il merito di analizzare il complesso fenomeno della guerra di corsa partendo dal caso siciliano, in una periodizzazione poco battuta dalla storiografia – gli inizi del XIX secolo – e nel contesto storico del blocco continentale voluto dagli inglesi in funzione anti-napoleonica. L'autrice mette in luce non solo il ruolo della magistratura, il *Tribunale delle prede di Sicilia* (1808-1813), incaricato di decidere sulla legittimità delle prede fatte dai corsari sotto bandiera del regno delle Due Sicilie, ma soprattutto l'intrico e le dialettiche conflittuali tra giurisdizioni marittime. A partire dall'esame delle interazioni tra corsari, tribunali, governo